

de medio para que el tribunal revolucionario se estableciese, ¡ojalá quieran Dios y los hombres perdonarme lo mal que con esto hice! [1] pero no creí que se convirtiese en plaga del género humano.”

Su prision produjo en Paris una grande efervescencia; en la mañana del dia siguiente, veíase á la asamblea dominada por una general inquietud, que se manifestaba con quejas que podian contenerse apenas: “Ciudadanos, dijo Legendre, cuatro de los representantes de la nacion han sido presos durante la noche; Danton es uno de ellos, y no sé quienes son los otros. Danton es tan inocente como yo, y sin embargo, se halla preso. Sus acusadores sin duda temen que destruya con sus respuestas los cargos que se le hagan; pero vosotros debéis hacer justicia, y pido que, antes de que se rebiba el parte de la junta, se examine á Danton ante vosotros.” Acogióse esta proposicion favorablemente, y por un momento estuvo la asamblea por mandar que se le escarcelase; pero subió á la tribuna Robespierre. “Segun la extraordinaria confusion que veo reinar en la asamblea, dijo, segun la agitacion que han producido las palabras que acabais de oír, es claro que se halla en riesgo un interes grave, y que el punto que debe resolverse, es el de si la salvacion de unos cuantos individuos se debe preferir á la de la patria. Hoy es cuando habremos de ver si la Convencion tiene la su-

Violenta agitacion que produjo su prision en la asamblea.

ficiente energía para destruir á un falso ídolo, ó si quiere que en su caída abruma á la asamblea y al pueblo de Francia. Danton, contesta ante la inflexible justicia; examinemos tu conducta. Cómplice en toda criminal empresa, abrazaste invariablemente toda causa que fué contraria á la independenciam; intrigaste con Mirabeau y con Dumouriez; en union de Hebert y de Herault de Sechelles, te hiciste esclavo de la tiranía. Mirabeau, que proyectaba un cambio de dinastía, conoció cuanto valia tu audacia, y se la atrajo; te separaste de tus primitivos principios, y nada volvió á oírse hablar de tí, hasta la matanza perpetrada en el campo de Marte. En cada crisis que ha habido, has abandonado el interés público, y siempre te has declarado en favor del partido triunfante.” El terror que estas palabras inspiraron sumergió de nuevo á la asamblea en el mas profundo silencio, y á este tiempo entró Saint Just, seguido de los demas miembros de la junta de seguridad pública. Con pasos lentos y semblante tétrico y resuelto acercábase á la tribuna, cuando prosiguió Robespierre dirigiéndose á Legendre: “Continuad, dijo, continuad; bueno es que todos los cómplices en la conspiracion que hemos frustrado, se vayan dando á conocer. Ya habeis oído lo que se ha dicho acerca del despotismo de las juntas; ¡como si la confianza que ha depositado el pueblo en vosotros, y que habeis trasmitido á las juntas, no fuese la mas segura garantía del patriotismo de éstas! Fingis sobrecogeros de terror; pues bien, yo os

[1] Mig. II, 312. Th. VI, 123. Riouffe, 67.

digo que quien quiera que en estos momentos tiemble, es culpable; porque jamas temió el inocente á la vigilancia de las autoridades públicas." Un unánime aplauso, que hicieron manos trémulas de miedo, siguióse á estas palabras. Nadie quiso hacerse acreedor á la terrible imputacion de descontento; heló el terror los corazones, y Saint Just subió sin oposicion á la tribuna [1].

Desde ella hizo una detenida esposicion de los fundamentos en que se apoyaba la acusacion que se dirijia contra el partido moderado; refirió sus inconsecuencias privadas y su imperdonable clemencia, acusóles de haber estado complicado en todas las conspiraciones que se tramaran, desde la de los realistas, á quienes destruyera el 10 de Agosto, hasta la de los anarquistas cuya traicion hacia poco tiempo se castigara. El monstruoso absurdo que cometia al imputar al partido en cuestion crímenes tan contradictorios, y al suponerle coligado con sus mas implacables enemigos, era demasiado evidente para que á primera vista no se palpase; pero la asamblea, dominada por el miedo, se inclinó bajo sus tiranos, y decretó por unanimidad, que compareciesen los acusados ante el tribunal revolucionario. Los concurrentes á las galerias imitaron su ejemplo; desde aquellos asientos de donde se oyeron salir con tanta frecuencia estrepitosos aplausos cuando pronunciara Danton sus discursos, no se

[1] Mig. II, 312, 313. Lac. II, 145. Th. VI, 194, 195. Hist. de la Conv. III, 338.

oía á la sazón sino pedir con ferocidad su cabeza. Cuando en union de sus compañeros se le trasladó á la Consergeria, que era el paso preparatorio para la comparencia ante sus jueces, el asombro de los reclusos fué tan grande como cuando se les llevara al Luxemburgo. "Mis antiguos colegas," dijo Danton; "nada entienden en materia de gobierno; todo lo dejo en la confusion mas lamentable; valdria mas ser un miserable pescador, que director de hombres. El único consuelo que tengo es que llevan mi nombre algunos decretos que haran ver á la posteridad que no he participado del frenesí de mis cofrades." [1]

Cuando se les condujo á presencia del tribunal, ostentaron su natural firmeza y dirigieron á los jueces palabras de suma dureza que la indignacion les sugeria. Habiendo preguntado á Danton el presidente del tribunal, su edad y profesion, contestó el primero: "Llámome Danton, nombre bastante conocido en la historia de la revolucion; tengo 35 años de edad; mi mansion será en breve la nada, y mi nombre vivirá eternamente en el panteon de la historia." Camilo Desmoulins contestó, que era de la misma edad que tenia el Sansculote JesuCristo á su muerte. Danton habló con energia y resolucion en su defensa. "Mis labios," dijo con aquel poderoso torrente que tantas veces empleara en defensa de la cau-

[1] Hist. de la Conv. III, 338. Riouffe, 67. Lac. II, 145. Th. VI, 198, 201. Mig. II, 313.

sa del pueblo, "mis labios no tendran dificultad alguna en refutar las calumnias que el acto de acusacion contiene. Presentenseme esos cobardes que me acusan, y no tardaré en confundirlos. Presentense los miembros de las juntas; pido que sean mis acusadores y mis jueces. Que vengan; pero no vendran. Poco me importa la sentencia que pronuncieis; ya os tengo dicho que mi mansion será en breve la nada; la vida me es pesada, me causa hastio, y veré con satisfaccion descargarse el golpe que me envie al sepulcro." El presidente llamó al orden, pero la voz tronante de Danton ofuscó el eco de la campanilla. "¿No me ois?" dijo el presidente "La voz de un hombre que defiende su honor y su vida," contestó Danton, "bien puede sobreponerse á vuestros gritos" Mandósele al fin con despecho que pusiese término á su discurso, y tomó asiento considerando perdida su causa. Sin embargo, la grave indignacion que mostrara, el nervio de Desmoulin y la moderada destreza de Lacroix, inspiraron terror á los jueces de que hiciese un movimiento el populacho para salvar á los acusados; y á fin de evitarlo, declaróles la Convencion *hors de débat* [fuera de debate], so pretexto de que habian faltado en el tribunal al respeto que á este se debia.

No bien se hubo acordado este decreto, cuando se apresuró Amar á ponerlo en manos de los jueces en los momentos en que Danton y sus amigos proseguian haciendo con indignacion su defensa. "Aquí teneis el medio, dijo Amar, de

hacer callar á esos miserables." Fouquier Tinville, delator público, se apoderó con precipitacion del decreto, y lo leyó á los jueces. Danton se levantó y tomó á la concurrencia por testigo de que en nada habia faltado al respeto debido al tribunal. "Tiempo vendrá, dijo, en que la verdad se manifieste; preveo las mayores calamidades para la Francia; hé ahí el dictador sin máscara." El dia siguiente se suspendió todo debate, antes de que hubiesen siquiera comenzado los acusados su defensa, y á pesar de las enérgicas manifestaciones que hizo Camilo Desmoulin, quien llamó al concurso por testigo de que se les asesinaba. Encerróse el jurado, y á poco salió el presidente y con una feroz alegría manifestó que se habia declarado culpables á los acusados. El tribunal pronunció la sentencia de muerte despues de habérseles hecho saber, y leyóseles en la noche en sus calabozos. "Se nos sacrifica, dijo Danton, á la ambicion de unos cuantos cobardes bandoleros, pero no gozarán por mucho tiempo de su triunfo; arrastro á Robespierre en mi caida."

Marcharon al cadalso con aquel estoicismo que era tan comun en aquella época. Custodiábalos una numerosa escolta, y un inmenso gentío compuesto de la plebe, veia en silencio conducir á sus antiguos caudillos á la muerte. Camilo Desmoulin esclamó al tomar asiento en el fatal carro: "¿Conque este era el premio que se destinaba al primer apóstol de la libertad!" La vil muchedumbre que iba detrás de los carros,

llenaba de imprecaciones á los reos; llegó á tal extremo la indignacion de Camilo, que se hizo pedazos la camisa, al desahogarse contra el pueblo. Danton llevaba la cabeza erguida, y arrojaba en derredor de sí una mirada intrépida y serena. "No hagas caso á esa vil canalla," dijo á Camilo. Hallándose al pié del cadalso, adelantóse para abrazar á Herault Sechelless, que con los brazos abiertos le esperaba, pero se interpuso el verdugo. "¡Qué, dijo Danton, con tétrica sonrisa, ¿eres mas cruel tú que la misma muerte? ¡Anda, al menos no podras evitar que en breve se toquen nuestros labios en ese sangriento canasto." Un momento despues calmóse y dijo: ¡Objetos de mi afecto! ¡Consorte mia! ¿No volveré jamás á veros?" Pero inmediatamente reprimióse y exclamó: "Danton, acuerdate de quien eres; no haya flaqueza." Subió al patíbulo con paso firme, y murió con admirable fortaleza de alma [1].

La muger de Camilo Desmoulins no se apartó un momento de las inmediaciones de la cárcel donde se encerrara á su marido, durante el breve espacio que medió entre su prision y su muerte, y su desesperacion sirvió de pretexto para que se dijese que se tramaba otra nueva maquinacion bajo el nombre de "Conspiracion de las cárceles." Con este motivo se la redujo á prision despues de la muerte de su marido, y se la mandó al cadalso en union de Chaumette,

[1] Mig. II, 314. Loc. II, 140. Th. VI, 216. Hist. de la Conv. III, 347.

Gobét y la muger de Hebert, que eran las reliquias que quedaron de la infame faccion de los anarquistas. La muger de Camilo recibió la muerte con la serenidad de Carlota Corday y de madama Roland, al paso que los miserables que con ella murieron, degradaron el sexo á que pertenecian, mostrando una mas que femenil flaqueza [1].

Tal fué el fin que tuvieron los tardíos y últimos apoyos de la humanidad y la moderacion,— los últimos que aspirasen á restablecer la tranquilidad y que recomendaban clemencia para con aquellos sobre quienes la revolucion triunfara. Mucho tiempo trascurrió despues que hubieron sucumbido sin que se oyese exhalar un solo clamor contra el Terrorismo. Los tiranos, en medio del silencio y sin encontrar oposicion alguna, descargaron repetidos y repetidos golpes del uno al otro extremo de la Francia. Los girondinos habian procurado evitar que llegase á existir este fatal dominio, y se empeñaron en contener su marcha los Dantonistas, pero sin lograr su objeto; aquellos y estos perecieron en la demanda. Perecieron porque eran inferiores en perversidad á sus contrarios; fueron víctimas del amor á la humanidad que ardía en sus pechos. (2)

El conjunto de hombres depravados que gobernaron en lo sucesivo á la Francia, no tiene egemplo en la historia del mundo. Su prestigio fundado en el ascendiente que habia adquirido

(1) Lac. II, 146. Th. VI, 220, 221.

(2) Mig. II, 314.

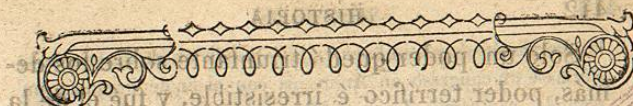
la muchedumbre y en la vehemente cooperacion que les prestaban los cabildos cuyos miembros por todas partes les debian verse elevados al poder, era irresistible. Por ellos trastornóse el orden en las opulentas ciudades, viéronse reducidos á la mendicidad centenares de miles de descamuinados artesanos, vinieron por tierra la agricultura, el comercio y las artes, recibieron un violento choque en sus cimientos las propiedades de todo genero, y todos los jóvenes del Reino fueron lanzados á la frontera, no precisamente para que defendiesen la integridad del territorio de la Francia, sino para que les defendiesen á ellos propios de la justa venganza que les amenazaba tanto por dentro como fuera. Todos inclinaban la cerviz ante aquel inmenso conjunto de malvados. Los excesos revolucionarios iban cada dia en mayor aumento á consecuencia de la union que hacia formar á los que los cometian, el constante temor en que estaban del castigo. No habia medio entre ingerirse en las atrocidades que se perpetraban, y sucumbir si no se tomaba parte en ellas. La virtud parecia haber perdido todo su prestigio, no se mostraba la entereza sino en la sublime resignacion que las víctimas ostentaban, y no resplandecia la religion sino en el heroismo que desplegaban en los momentos de ir á recibir la muerte. No quedaba á la Francia la mas remota esperanza de remedio, ni lo habria tenido á no ser por las disensiones que, como resultado natural de su perversi-

dad, se suscitaron entre los autores de las calamidades públicas. [1]

Nadie puede menos que admirarse cuando, al considerar la suerte que sucesivamente corrieron las facciones de que dejamos hecha referencia, contempla la manera singular y providente con que recibieron el castigo de sus crímenes por medio de sus crímenes mismos. No fué necesaria ninguna intervencion estraña, ni la aparicion de un ángel exterminador, para que hiciese justicia el cielo. Fueron víctimas de sus mismas atrocidades, de las pasiones que desenfrenaron, y de la injusticia de que dieran á los demas ejemplo. Los partidarios de la constitucion derrocaron á la antigua monarquía, y formaron un gobierno limitado; pero la imprudencia que cometieron con escitar la ambicion del pueblo, predispuso los ánimos para la sedicion del 10 de Agosto, y los condujo en breve al cadalso; los girondinos realizaron su sueño favorito de República, y fueron las primeras víctimas del desenfreno que escitaron; los dantonistas levantaron al pueblo para destruir al partido de la Gironda, y no tardaron ellos mismos en morir á los filos de la cuchilla que hicieron esgrimir contra sus rivales; los anarquistas desafiaron al mismo cielo, pero no bien hubieron proferido sus blasfemias, cuando desaparecieron á manos de los mismos que cooperáran á sus sangrientos triunfos.

(1) Hist. de la Conv. III, 230.

Solo un poder quedó triunfante sobre los demás, poder terrífico é irresistible, y fué el de la muerte, el cual ejerció una faccion insensible á todo sentimiento de humanidad, sorda á todo principio de justicia. Bajo su férreo despotismo volvió el orden á entronizarse á impulsos del terror, jeneralizóse la obediencia por haberse estinguido en todos los pechos la esperanza. Los caudillos de esta faccion, en medio del silencio y sin encontrar oposicion alguna, enviaban al patíbulo á sus víctimas, temidos de las tropas á quienes oprimian, por el pueblo que á su aspecto temblaba, y por los míseros sobre quienes descargaba su saña. No se halla en la historia del mundo un ejemplo de los horrores que se vieron en aquella prolongada noche de dolores, porque tampoco hubo jamás época en que se cometiesen los crímenes que la precedieron. Nunca apareció bajo tan horrendas formas la tirania, pero nunca tampoco necesitó de tan duro castigo el desenfreno.



CAPITULO XI.

CAMPAÑA DE 1793.—PARTE I.—DESDE LA APERTURA DE LA CAMPAÑA, HASTA QUE SE FORZÓ EL CAMPO DE CESAR.

SUMARIO.

Gran divergencia de opinion en la Gran Bretaña acerca de la Revolucion francesa.—Argumentos que se presentaron en el pais en pro y en contra de la guerra.—Argumentos presentados sobre el mismo particular en el parlamento.—Verdaderos motivos que ocasionaron que se emprendiese.—Reforma parlamentaria.—Argumentos que se emplearon para sostener la mocion relativa, y los que se hicieron valer en contra.—Es reprobada la mocion en la cámara de Comunes.—Decreto acordado contra los que llevasen correspondencia con el enemigo, y persecucion que se entabla contra los sediciosos y traidores.—Preparativos para la guerra que hacen la Gran Bretaña y los aliados.—Efecto que produce en San Petersburgo la muerte de Luis.—Tratado entre la Inglaterra y la Rusia, y con la Cerdeña, la Prusia, el emperador, Nápoles y España.—Miras secretas de la Rusia.—Dissension entre los prusos y los austriacos.—Fuerzas de ambas partes.—Estado miserable que guardaban los ejércitos franceses.—El príncipe Coburgo, generalísimo.—Vastos esfuerzos de la Francia.—Designios de Dumouriez y de los generales aliados.—El archiduque Carlos se incorpora al ejército.—Repetidas derrotas que sufren los republicanos.—Grande sensacion que producen en Flandes.—Esfuerzos de Dumouriez.—Batalla de Nervinda.—Derrota de los franceses.—Desorganizacion de su ejército.—Retirada de Dumouriez.—Conferencias con el príncipe Coburgo.—Se frustra su objeto y se fuga.—Los aliados se posesionan de Flandes y de Austria.—Se frustran en el Rhin los proyectos del Austria.—Sitio de Maguncia.—Se ataca á